



REVISTA DE LA ACADEMIA
COLOMBIANA DE CIENCIAS
EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

Material suplementario

El sembrador de jardines: Enrique Pérez Arbeláez y la floración de una idea

The garden sower: Enrique Pérez Arbeláez and the flowering of an idea

Germán Darío Álvarez Lucero
Subdirector Técnico Operativo
Jardín Botánico de Bogotá
galvarez@jbb.gov.co

Contenido

- **Pérez Arbeláez E.** (1937). El Jardín Botánico de Bogotá. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 1 (2), 179-181.
- **Fundación Alejandro Angel Escobar**

Capítulo 1 - Primera década de la Fundación Alejandro Ángel Escobar década de 1955 a 1964

Enrique Pérez Arbeláez: una golondrina que sí hizo verano

Por: Lisbeth Fog Corradine*

<https://www.faae.org.co/wp-content/uploads/2025/11/Investigacion-Padre-Enrique-Perez-Arbelaez.pdf>

- **Fiebres lúcidas**

Enrique Pérez Arbeláez: manual para rezar con plantas.

<https://www.faae.org.co/podcast/fiebres-lucidas-2025/>

EL JARDIN BOTANICO DE BOGOTA

ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ PRRO.
Director del Herbario Nacional Colombiano.

I

El Jardín Botánico de Bogotá, que desde hace años deseamos cuantos queremos a la ciudad capital, es realización que se acerca y se desvanece como los vislumbres de un amanecer largamente esperado.

Un jardín botánico no es sólo un jardín, sino un jardín que educa y un jardín que expresa la cultura de un pueblo. El conde Zu Salm-Laubach no duda en afirmar que las primeras manifestaciones de la cultura fueron acompañadas de alguna expresión de la afición por las plantas y las flores y nadie podrá negar que la seducción que ellas producen, más que del discurso y la racionalización, proviene del instinto.

El gran lírico inglés Worthworth tiene una composición fundada en las ideas de Platón, sobre la preexistencia del alma humana, según las cuales, el espíritu antes que en la carne vivió una dicha cuyas ideas, parte perdimos al nacer, parte se va borrando y olvidando en la niñez.

El poema se titula "*Intimations of Immortality from the recollections of early childhood*" y una de las ideas que sirven de núcleo a la composición es ésta: el amor del niño a las flores y a los detalles de la naturaleza, el júbilo fácil que lo circunda, arguyen en el hombre una vida superior: "Cada flor tiene su aureola".

En realidad el hombre culto ha querido expresar por las flores y las hojas de las plantas muchas ideas y afectos que el lenguaje con ser tan perfecto no podía traducir. Tal vez porque las flores traducen muchas cualidades de la vida humana, tal vez porque su colorido, su finura y su perfume tienen una relación con el entendimiento, el afecto del hombre y sobre todo con ciertos estados psíquicos.

Las ideas científicas han cambiado un poco después de las experiencias de Frisch y otros, sabiéndose hoy que los insectos, v. gr. las abejas, no perciben muchas cualidades de las flores. En la finalidad que lleva las cosas inferiores hacia lo superior muchas cualidades de las plantas han sido hechas sólo para despertar las ideas y los afectos del hombre; la curiosidad, la ternura, la extrañeza, la risa, la percepción más clara de nuestra duración y de nuestra caducidad para volver a nacer.

Si existen, pues, las *Intimations of Immortality*.

Los árboles merecerían párrafo aparte. Colocado el hombre en la cúspide de la vida animal

por leyes embriológicas, recoge en sí muchas tendencias de los predicamentos inferiores.

De hecho el árbol es tan humano como el hombre, y sus ramas, sus hojas, sus flores, su inmutabilidad entre las mutaciones lo hacen un símbolo social. El árbol de Gernika tiene tantas raíces en la tierra de Vizcaya como en el alma de los cantabros. Así también el *folklore* de los pueblos se enreda a los árboles con la suavidad dominante de la hiedra, y la poesía ha esculpido en palabras todo el sér de algunas épocas. Nada tan verdad como lo que dice Isaías del pueblo judío, que reverdece y reverdecerá como un terebinto derribado a hazbazos.

En ninguna tierra se cruzan tanto las trayectorias de las culturas como en nuestros jardines. Desde luego en este artículo no entiendo la palabra jardín con la precisión colombiana.

Aquí el jardín es estético meramente, y el cultivo de hortalizas, frutales y yerbas medicinales es una huerta, cosa interior y privada. Debemos cambiar el concepto y el sentimiento en favor del cultivo útil, siguiendo a otros pueblos, sobre todo a Holanda, donde se aprecia la hermosura de un repello o de una parcela de remolachas, lo mismo que la fascinación de un cuadro de tulipanes o de jacintos.

Nuestros historiadores, cuyo tema es tan joven, no han tenido por qué ahondar en la vaguedad con que los antiguos describieron sus jardines: orientales, lejano orientales, mediterráneos, centro europeos, americanos, etc. La vaguedad desapareció cuando Linceo le puso marco a la Botánica.

Tomando como hueso de la civilización nuestra cultura mediterránea, según suelen hacerlo los alemanes, lo cual, en materia de jardines tiene una justificación muy relativa; la historia especificada de nuestras plantas de jardín data del siglo XI, y sus inicios los debemos a la Abadesa Santa Hildegarda y a Alberto Magno. Los datos anteriores, suministrados por Plinio, por la Biblia, por la poesía indú, adolecen de falta de conexiones semánticas con nuestros idiomas.

Los primeros jardines que conocimos botánicamente fueron los de los cistercienses y de los benedictinos, únicos sujetos suficientemente estables en esas épocas de caballería, para servir de base a las reglamentaciones sanitarias en favor de los pobres y de los peregrinos y para constituir núcleos para el avance agrícola. Entónces el jardín era ocupado, en parte, por las hierbas medicinales que en el convento servían de botica fácil y barata a las poblaciones.

Junto a la salvia, el apio y el hisopo, crecían los frutales, las coles, los nabos, los rábanos, las calabazas, las remolachas.

Jardines que revelaron un refinamiento superior, fueron en Europa la obra de los Hapsburgos, quienes protegieron, a fines del siglo XVI, a Karl Clusius. Con ese progreso de la ambición artística europea, coincidieron los viajes de portugueses, holandeses y españoles. Y es cosa interesante que en medio de la lucha ardua por su vida, y a pesar de las innumerables dificultades, uno de los capítulos más importantes del comercio mundial vino a ser el de las plantas de jardín. La ambición de los poderosos valorizó las adquisiciones de lo bello y de lo raro, y los piratas de boca negra obsequiaban con plantas sacadas del fondo de los continentes así a sus amigos como a sus señores.

África, Asia y América se fundieron en los jardines europeos, en una danza perpetua en honor de la belleza.

De Europa reflejó hacia las colonias el gusto por las especies hortenses y comenzó nuestra patria a jugar papel en el arte mundial de los jardines. Son dos puntos para tratar en otros artículos.

1). Lo que hicimos, o mejor, hizo el suelo colombiano.

2). Lo que queda por hacer en el suelo colombiano.

II

Continúo estos artículos sobre el Jardín Botánico de Bogotá en un ambiente propicio, en Caracas, en el barrio del Paraíso, a la sombra de los cauchos y las casuarinas que rodean el monumento de Pérez. Fuera de su clima, donde se experimentan con suavidad las estaciones del norte, Caracas tiene tres cualidades de capital: sus pisos, sus monumentos y su aureola de árboles. Los hombres de anteriores generaciones plantaron junto a la ciudad cafetales sombreados de caobos, que hoy son parques y avenidas dignas de cualquier ciudad del mundo. ¡Cuántas llagas cubren los árboles crecidos y cuántas siluetas bellas dan a la noble ciudad del Avila! Al revés de lo que pasa en otras partes, donde el arbolado en último término está confiado al criterio chibcha, a legítimos verdugos de la vegetación, a verdaderos enfermos de ignorancia y de artificio.

La corrección educativa de estos errores la hará nuestro Jardín Botánico por su contenido material y por su disposición lógica.

La cultura ha mezclado sobre nuestro suelo plantas procedentes de todas partes del mundo, pero a nosotros nos corresponde especialmente la valorización de lo que es originario de Colombia, sin despreciar lo ajeno ni quitar de los ojos el ejemplo de las transformaciones llevadas a cabo en las plantas exóticas.

De la Europa Central recibimos, entre otras plantas, las pascuítas (*Bellis perennis*), las al-

barinas (*Centaurus cyanus*), el acónito, la hepática, el lirio de los Alpes y la violeta, con el pensamiento, el saúco y la espiraea o volador, aunque esta última parece originaria de la Siberia.

Del sur de Europa nos vinieron la calcedula, la rosa, el albelli, los lirios o iris y la azucena.

Del Oriente son el tulipán, la que llamamos violeta de los Alpes y que debiéramos nombrar de los Cárpatos.

Del occidente de Europa son muchos de nuestros arbustos y árboles como el ciprés y el boj.

Del Asia nos vinieron magnolias, evónimos, hortensias, primaveras y crisantemos de variadísimas formas obtenidas a lo largo de siglos por hibridación, por quimeras y por los llamados retoños de sport.

Tal vez no es muy sabido que gran parte de nuestras plantas de jardín proceden del Africa del Sur: novios, geranios, gladiolos.

En cambio, de la América del Sur han salido para los jardines y para los cultivos del mundo numerosas especies: clavellinas, canna, girasoles, capuchinas, agaves, chupahuevos, dalias, begonias, quiches, hojas de corazón, orquídeas, helechos arborescentes y cactus de varias clases.

Lo primero, pues, que debe ponerse de relieve en un jardín botánico colombiano es lo que Colombia ha contribuido a la jardinería de otros países.

Hay además multitud de especies que no han sido apreciadas lo bastante y que un cultivo racional puede elevar de categoría para que con ellas se forme el jardín típico colombiano. Son valores que atraen al visitante extranjero, pero que deben mejorarse por nuestra industria. El arte que ha producido los mutantes, las formas enanas, péndulas y piramidales y las mil bastardas a partir de especies sencillas, hallará en nuestra flora multitud de centros de explosión.

Sin embargo el jardín colombiano no se forma sólo agrupando en cualquier forma las especies nativas del suelo patrio, sino que las debe presentar en la forma en que se hallan en nuestros climas y en nuestro suelo; en las habitaciones botánicas que constituyen los diferentes paisajes colombianos.

Dos trayectorias ha de recorrer la labor que se lleve a cabo en nuestro Jardín Botánico: una educativa y otra de mejora de nuestra flora.

A su vez, la labor educativa persigue diferentes efectos: el arte, el patriotismo, la instrucción escolar, la instrucción popular, y esto en varios sentidos, enseñando de manera objetiva los nombres de las plantas, así científicos como vulgares, el origen de las especies y sus aplicaciones.

El estudio científico que se lleve a cabo en el Jardín Botánico ha de coordinarse con el de las estaciones experimentales así de la Nación como de los Departamentos. Estas tienen bastante con el ensayo de las especies así nativas como exóticas, que sirven de base a nuestras industrias. Por lo mismo el Jardín Botánico atenderá a los cul-

Junto a la salvia, el apio y el hisopo, crecían los frutales, las coles, los nabos, los rábanos, las calabazas, las remolachas.

Jardines que revelaron un refinamiento superior, fueron en Europa la obra de los Hapsburgos, quienes protegieron, a fines del siglo XVI, a Karl Clusius. Con ese progreso de la ambición artística europea, coincidieron los viajes de portugueses, holandeses y españoles. Y es cosa interesante que en medio de la lucha ardua por su vida, y a pesar de las innumerables dificultades, uno de los capítulos más importantes del comercio mundial vino a ser el de las plantas de jardín. La ambición de los poderosos valorizó las adquisiciones de lo bello y de lo raro, y los piratas de boca negra obsequiaban con plantas sacadas del fondo de los continentes así a sus amigos como a sus señores.

Africa, Asia y América se fundieron en los jardines europeos, en una danza perpetua en honor de la belleza.

De Europa reflejó hacia las colonias el gusto por las especies hortenses y comenzó nuestra patria a jugar papel en el arte mundial de los jardines. Son dos puntos para tratar en otros artículos.

1). Lo que hicimos, o mejor, hizo el suelo colombiano.

2). Lo que queda por hacer en el suelo colombiano.

II

Continúo estos artículos sobre el Jardín Botánico de Bogotá en un ambiente propicio, en Caracas, en el barrio del Paraíso, a la sombra de los cauchos y las casuarinas que rodean el monumento de Páez. Fuera de su clima, donde se experimentan con suavidad las estaciones del norte, Caracas tiene tres cualidades de capital: sus pisos, sus monumentos y su aureola de árboles. Los hombres de anteriores generaciones plantaron junto a la ciudad cafetales sombreados de caobos, que hoy son parques y avenidas dignas de cualquier ciudad del mundo. ¡Cuántas llagas cubren los árboles crecidos y cuántas siluetas bellas dan a la noble ciudad del Avila! Al revés de lo que pasa en otras partes, donde el arbolado en último término está confiado al criterio chibcha, a legítimos verdugos de la vegetación, a verdaderos enfermos de ignorancia y de artificio.

La corrección educativa de estos errores la hará nuestro Jardín Botánico por su contenido material y por su disposición lógica.

La cultura ha mezclado sobre nuestro suelo plantas procedentes de todas partes del mundo, pero a nosotros nos corresponde especialmente la valorización de lo que es originario de Colombia, sin despreciar lo ajeno ni quitar de los ojos el ejemplo de las transformaciones llevadas a cabo en las plantas exóticas.

De la Europa Central recibimos, entre otras plantas, las pascuítas (*Bellis perennis*), las al-

barinas (*Centaurus cyanus*), el acónito, la hepática, el lirio de los Alpes y la violeta, con el pensamiento, el saúco y la espiraea o volador, aunque esta última parece originaria de la Siberia.

Del sur de Europa nos vinieron la caléndula, la rosa, el albelli, los lirios o iris y la azucena.

Del Oriente son el tulipán, la que llamamos violeta de los Alpes y que debiéramos nombrar de los Cárpatos.

Del occidente de Europa son muchos de nuestros arbustos y árboles como el ciprés y el boj.

Del Asia nos vinieron magnolias, evónimos, hortensias, primaveras y crisantemos de variadísimas formas obtenidas a lo largo de siglos por hibridación, por quimeras y por los llamados retoños de sport.

Talvez no es muy sabido que gran parte de nuestras plantas de jardín proceden del Africa del Sur: novios, geranios, gladiolos.

En cambio, de la América del Sur han salido para los jardines y para los cultivos del mundo numerosas especies: clavellinas, canna, girasoles, capuchinas, agaves, chupahuevos, dalias, begonias, quiches, hojas de corazón, orquídeas, helechos arborescentes y cactus de varias clases.

Lo primero, pues, que debe ponerse de relieve en un jardín botánico colombiano es lo que Colombia ha contribuido a la jardinería de otros países.

Hay además multitud de especies que no han sido apreciadas lo bastante y que un cultivo racional puede elevar de categoría para que con ellas se forme el jardín típico colombiano. Son valores que atraen al visitante extranjero, pero que deben mejorarse por nuestra industria. El arte que ha producido los mutantes, las formas enanas, péndulas y piramidales y los mil bastardos a partir de especies sencillas, hallará en nuestra flora multitud de centros de explosión.

Sin embargo el jardín colombiano no se forma sólo agrupando en cualquier forma las especies nativas del suelo patrio, sino que las debe presentar en la forma en que se hallan en nuestros climas y en nuestro suelo; en las habitaciones botánicas que constituyen los diferentes paisajes colombianos.

Dos trayectorias ha de recorrer la labor que se lleve a cabo en nuestro Jardín Botánico: una educativa y otra de mejora de nuestra flora.

A su vez, la labor educativa persigue diferentes efectos: el arte, el patriotismo, la instrucción escolar, la instrucción popular, y esto en varios sentidos, enseñando de manera objetiva los nombres de las plantas, así científicos como vulgares, el origen de las especies y sus aplicaciones.

El estudio científico que se lleve a cabo en el Jardín Botánico ha de coordinarse con el de las estaciones experimentales así de la Nación como de los Departamentos. Estas tienen bastante con el ensayo de las especies así nativas como exóticas, que sirven de base a nuestras industrias. Por lo mismo el Jardín Botánico atenderá a los cul-



El Jardín Botánico de Bogotá. Vista desde el Museo de Historia Natural.



El Jardín Botánico de Bogotá. Vista desde el Museo de Historia Natural.



El Jardín Botánico de Bogotá. Vista desde el Museo de Historia Natural.



El Jardín Botánico de Bogotá. Vista desde el Museo de Historia Natural.

• Pérez Arbeláez E. (1937). El Jardín Botánico de Bogotá. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 1 (2), 179-181.

- **Fundación Alejandro Ángel Escobar**

Enrique Pérez Arbeláez: una golondrina que sí hizo verano

Por: Lisbeth Fog Corradine*

<https://www.faae.org.co/wp-content/uploads/2025/11/Investigacion-Padre-Enrique-Perez-Arbelaez.pdf>

- **Fiebres lúcidas**

Enrique Pérez Arbeláez: manual para rezar con plantas.

<https://www.faae.org.co/podcast/fiebres-lucidas-2025/>



<https://open.spotify.com/episode/2JSLDTjtw88UujFS0EjtII>

La historia del sacerdote que convirtió la fe en botánica y el país en un jardín

A los cuatro años cruzó dos cordilleras atado a la espalda de un indígena. Décadas después, fundó el Jardín Botánico de Bogotá para reunir en un solo lugar toda la diversidad de Colombia.

Este es **Enrique Pérez Arbeláez**, el sacerdote que convirtió la fe en ciencia, los rezos en herbolarios y el país en un jardín. Un viaje sonoro que explora su legado científico, espiritual y natural: la historia de quien nos enseñó que entender la naturaleza es otra forma de entendernos como colombianos.